

La Gran Anomalía

Leonard E. Read

Progreso y retroceso tienen lugar simultáneamente en nuestra época. Un Dickens moderno podría haberla descrito como «el mejor de los tiempos...el peor de los tiempos». Nuestro nivel de vida se remonta sin cesar a medida que se multiplican las oportunidades de empleo y la cantidad y calidad de los bienes y servicios disponibles. Experimentamos al mismo tiempo, sin embargo, en una escala que no tiene precedentes, la temeraria dilapidación de energías que se deriva de interrupciones en el trabajo, de controles políticos y de una serie de restricciones a la libertad.

Esta es la gran anomalía. Son tan pronunciados ambos aspectos y se muestran tan vinculados entre sí que muchas personas creen que las acciones destructivas constituyen la causa del impulso creador. Esta situación se pone perfectamente de manifiesto cuando muchos americanos, al escuchar críticas del creciente intervencionismo gubernamental, replican que en ninguna otra época les ha ido tan bien. Esta errónea correlación persistirá a menos que seamos capaces de comprender y explicar que la depredación no puede producir bienestar económico.

La paradójica coexistencia de creciente prosperidad con intervenciones estatales cada vez más extendidas no es un fenómeno nuevo. Lord Macaulay observaba en su Historia, de Inglaterra (1839): «Ha ocurrido con frecuencia que los gastos desmesurados, la elevada tributación, las absurdas restricciones comerciales, la corrupción de los tribunales, las guerras desastrosas, las sediciones, las persecuciones, las conflagraciones, las inundaciones, no han sido capaces de destruir el capital con la rapidez con que el esfuerzo individual de los ciudadanos ha sido capaz de crearlo»(1)

Los empresarios del Brasil tienen otra manera de explicar la coexistencia de progreso y retroceso. «Nosotros dicen hacemos las cosas mientras los políticos duermen».

Si se afirma y generaliza la idea de que las medidas regresivas son las que originan el progreso, es prácticamente seguro que las fuerzas regresivas dominarán, consumirán y eventualmente destruirán a las fuerzas progresivas. Si, por ejemplo, llegásemos a convencernos de que la imposición legal de salarios mínimos constituye un medio de aumentar los salarios y basamos así los distintos aspectos de la economía en ilusiones similares, el milagro americano habrá llegado a su fin. Es por eso de la máxima importancia que analicemos esta anomalía y la despojemos de su misterio.

La explicación es muy sencilla: **el cambio de bienes y servicios se ha multiplicado más rápidamente que las restricciones al cambio**. En consonancia con esta respuesta se encuentra el hecho de que la presión del poder autoritario ha sido hasta ahora menos intensa que la liberación de energías creadoras; las imposiciones burocráticas han sido superadas por la iniciativa e inventiva empresarial; la formación de capital ha sido más rápida que su destrucción; los ciudadanos, en persecución de su propio interés, han realizado muchas cosas, mientras los dioses políticos dormían.

Las cambiantes formas de la riqueza: ESPECIALIZACIÓN Y COMERCIO

Una comprensión sistemática de la importancia de la especialización y el comercio (cambio) es de origen reciente.

Con anterioridad a la Riqueza de las Naciones de Adam Smith, hace menos de 200 años, la riqueza estaba concentrada en pocas manos y consistía principalmente en inventarios; metales preciosos, joyas, esclavos, hectáreas de tierra, fincas y castillos.

Después, con el advenimiento de la especialización, que Adam Smith comprendió y explicó tan admirablemente, apareció un nuevo concepto de riqueza. En vez de inventarios ociosos poseídos por dueños de feudos y señoríos, la riqueza, en forma de bienes y servicios útiles, se extendió a las masas cuya habilidad se necesitaba para mover y operar los instrumentos de la industria. Ha sido tan marcado ese cambio que el agricultor americano actual es más rico, por la variedad de cosas de que disfruta, que el legendario Midas, Crespo o cualquier rey medieval.

Ahora bien, el paso de una economía casi de subsistencia a una economía especializada supone no sólo la acumulación de ahorros y capital, sino también la libertad de intercambio. Si un pueblo se especializase y no intercambiase mercancías, no habría riqueza; bien al contrario, todos perecerían. Así como la ausencia de intercambios origina pobreza, la proliferación de cambios voluntarios origina riqueza creciente.

El aumento de la riqueza a través del proceso de cambio voluntario se comprende al percibir la naturaleza subjetiva del beneficio. Imaginemos, a título ilustrativo, que yo produzco zapatos y Ud. produce camisas. Si yo no puedo vender mis zapatos y Ud. no puede vender sus camisas ¿es concebible que cualquiera de los dos sigamos produciendo esas cosas? Sin intercambio, no habría aumento adicional de riqueza. Mas si cambiamos voluntariamente, ambos obtenemos un beneficio. Yo aprecio la camisa más que los zapatos y Ud. aprecia los zapatos más que la camisa. Nos encontramos, por lo tanto, frente a dos incrementos de valor, de acuerdo con el criterio que cada uno de nosotros tiene del valor. Si no fuera este el caso, no habría cambio voluntario, ni aumento de riqueza ni producción ulterior. El cambio voluntario es evidentemente el medio de aumentar la riqueza y la producción.

Los cambios voluntarios son hoy incalculablemente más numerosos que en los días de Adam Smith, lo son incluso que en los días de nuestros abuelos. Esto es un hecho manifiesto para cualquier espíritu observador. Pero lo que muchos de nosotros pasamos por alto es la enorme proliferación de intercambios que ha tenido lugar durante las dos o tres últimas décadas: el crecimiento del intercambio ha adquirido la naturaleza de una explosión. Tratemos simplemente de calcular el número de cambios en el que estamos envueltos cada uno de nosotros en el curso del día; son tan numerosos que apenas somos conscientes de su existencia. Esta es la base de nuestro progreso económico.

Durante este período de explosión del intercambio, hemos presenciado también la intervención gubernamental en el mercado. Hemos visto literalmente imponer millares de restricciones a los cambios voluntarios. Esta es la base de nuestro retroceso.

Pero el retroceso ha sido por lo menos, hasta hoy incapaz de igualar el ritmo acelerado del progreso. En este hecho radica la explicación de la gran anomalía.

La Fuente del Progreso.

Es dudoso que se pueda atribuir a alguna causa individual la explosión del intercambio. La aceleración del sistema de transporte y comunicaciones en algunos casos a la velocidad de la luz juega incuestionablemente un papel importante. La capacidad de invención, reflejada en fantásticos adelantos tecnológicos, debe también ser mencionada. Es posible que algunos motivos más controvertibles puedan haber influido en el fenómeno; como ocurre por ejemplo con la existencia de una pasión desenfrenada hacia la opulencia material, como si ésta fuera el más alto fin de la vida. Aunque demasiado complejas de analizar, algunas de las restricciones obstáculos han generado indudablemente energías destinadas a superarlas y han contribuido así parcialmente al progreso. La necesidad es, a veces, la madre de la invención. Sin embargo, mi único propósito aquí es el de exponer un hecho. No tengo la audacia de intentar una explicación completa de la explosión del intercambio.

Tampoco tengo el atrevimiento suficiente para señalar lo que yace en las raíces del retroceso. ¿Por qué se extiende el autoritarismo? ¿Por qué hay tantos hombres que desean imponer su voluntad a todos los demás, esto es porque actúan como si fueran dioses y no seres humanos? Quizás no lo sepamos nunca. Sólo podemos reflexionar con Lionel Trilling: «Debemos ponernos en guardia contra el peligro que encierran nuestros deseos más generosos. Una paradoja de la naturaleza humana nos conduce, una vez que hemos hecho al prójimo objeto de nuestra desinteresada atención, a convertirlo en objeto de nuestra compasión, después de nuestra sabiduría, y finalmente de nuestra coerción»(2)

Pero de una cosa si estoy razonablemente seguro. Debemos refutar enérgicamente la absurda idea de que las fuerzas regresivas constituyen la causa del progreso. Si fracasamos en esa tarea, ello puede significar en breve plazo el fin del progreso. Ya existen algunos signos de ello. Seamos al menos conscientes de que el progreso logrado, lo ha sido a pesar y no a causa de las medidas regresivas. Así percibiremos claramente el sentido de la gran anomalía.

(1) Historia de Inglaterra Cap. III

(2) The American Scholar, otoño 1965.